

Discurso y texto en pacientes psicóticos

Fanny Schkolnik, Manuel Svarcas, Susana Poch, Eva Palleiro*

Introducción

Desde hace aproximadamente ocho años funciona, en la Clínica Psiquiátrica del Hospital de Clínicas de Montevideo, un grupo de psicoterapia para pacientes psicóticos, coordinado por dos psiquiatras, docentes de la Clínica,³⁴ que se ha reunido hasta el presente en forma ininterrumpida, semanalmente, durante una hora y media, en el mismo hospital.

En este lapso, han participado del grupo, que se autodenomina Grupo de Escucha, alrededor de cincuenta pacientes —en su mayoría esquizofrénicos— de los cuales son doce o quince los que concurren más asiduamente.

Podríamos considerar dos períodos en el modo de funcionamiento de dicho grupo.

Un primer período, en el que los terapeutas realizaban una labor que apuntaba fundamentalmente a ofrecerles a los pacientes una escucha atenta, interesada, con una importante carga afectiva, a la vez que los estimulaban a recibir y participar en las preocupaciones que traían los otros integrantes del grupo. Así se fueron estableciendo paulatinamente importantes lazos entre ellos, con los terapeutas y con el hospital como Institución, que al ubicarlos como integrantes del Grupo de Escucha contribuía también a darles un nombre, un lugar y en última instancia, una identidad.

En el segundo período, que toma los tres últimos años, se abrieron dos nuevos

*. Miembro Titular de APU. Francisco Muñoz 3013 Ap. 401. CP 11300. Tel. 707 02 61.

34. Eva Palleiro y Gonzalo Cristiani son los coordinadores actuales y los que han estado en los primeros años del grupo. Por requerimientos asistenciales y docentes de la Clínica, Gonzalo Cristiani fue sustituido durante cuatro años por Eduardo Blengio.

espacios: el que inicialmente se planteó como supervisión, pero que paulatinamente se fue configurando como grupo de investigación,³⁵ y un taller de Escritura, del que participan algunos pacientes del Grupo de Escucha.

El propósito de este trabajo es presentar cada uno de estos espacios —Grupo de Investigación, Taller de Escritura y Grupo de Escucha— señalando, tanto sus especificidades como las relaciones que se fueron estableciendo entre ellos.

Una experiencia de investigación

Fanny Schkolnik, Manuel Svarcas

Etimológicamente, investigación viene de vestigio, seguir la huella, indagar. Y desde la perspectiva en la que nos ubicamos para trabajar con lo que nos aporta esta rica experiencia —teniendo presente la concepción psicoanalítica del psiquismo con el acento puesto en la noción de inconsciente—³⁶ nos pareció fundamental orientar la tarea hacía lo que no está o no aparece en el discurso manifiesto de los pacientes y prestar una atención especial a lo que ocurre en el acontecer psíquico de los terapeutas. Así como no se puede pensar en la existencia de un observador neutro, en ninguna investigación científica, tal como lo plantean la mayor parte de los epistemólogos actuales, cualquiera sea la disciplina de la que se trate, (dado que el que observa lo hace con el lente de su propio bagaje teórico), tampoco en psicoanálisis existe tal neutralidad. En este caso, a la incidencia de los esquemas referenciales teóricos, que orientan de una u otra forma la interpretación del material clínico, se suma el hecho de que el observador queda incluido en un campo intersubjetivo en el que participa con su psiquismo y en particular con su propio inconsciente. La investigación psicoanalítica tiene que tener en cuenta estas diferencias con otras disciplinas,

35. Este grupo, coordinado por Fanny Schkolnik y Manuel Svarcas, se integró con: Eduardo Blengio, Gonzalo Cristiani, Fernando González, Ana Palermo, Eva Palleiro y Cristina Sacalidis.

36. Tomada en un sentido amplio, dando cuenta en particular de lo que está más allá de lo reprimido.

que pasa esencialmente por el papel desempeñado por el trabajo con la transferencia y la contratransferencia, porque es precisamente en ese marco que se configura su especificidad.

El material con el que trabajamos se fue construyendo en base a lo que se decía en el Grupo de Escucha y los textos producidos por ellos en el Taller de Escritura. Con estos aportes surgieron interrogantes e hipótesis tentativas, que orientaron la escucha de los terapeutas así como la comprensión de la conflictiva a la que estaban enfrentados estos pacientes. Por otra parte, la propia experiencia nos llevó a reformulaciones de algunas hipótesis teóricas que manejábamos previamente y abrió a su vez nuevas preguntas que nos enfrentaron a las inevitables limitaciones de la teoría para pensar lo que surgía de la práctica.

La tarea de investigación nos fue abriendo caminos fértiles, tanto en lo referente a los planteos teóricos acerca de las psicosis como en el abordaje terapéutico de las mismas. El interés por investigar la incidencia de lo inconsciente en la conflictiva que planteaban estos pacientes nos llevó a escuchar el discurso manifiesto de otra manera, buscando los sentidos que subyacían a él o intentando construir sentidos que nunca existieron. Al mismo tiempo, fuimos valorando las manifestaciones contratransferenciales en los terapeutas, que resultaron fundamentales para orientarnos en los caminos que teníamos que tomar para posibilitar que se diera un cambio favorable para los pacientes. Poco a poco nos fuimos aproximando de una manera diferente a ese mundo tan particular del psicótico, a través de lo que los terapeutas nos transmitían vivencialmente acerca de lo que se estaba dando en el grupo. A la vez, este trabajo en común produjo efectos en la escucha de los propios terapeutas, más atenta a los fenómenos transferenciales y contratransferenciales, aportando otra perspectiva respecto a la comprensión de lo que sucedía en el grupo, e incluso, dando lugar a modificaciones en la dinámica grupal.

A los factores que permitieron cambios significativos en los pacientes y que

ya estaban presentes en la primera etapa del trabajo en el Grupo de Escucha, se sumaron otros, vinculados a la propia labor de investigación que posibilitó el acceso a algo del orden de lo nuevo que surgía a partir del discurso que se iba tejiendo entre los pacientes y los terapeutas.

Una línea de trabajo importante, en este período, ha sido la que se vincula al trastorno a nivel de las identificaciones. La vivencia de inautenticidad, de no disponer de algo propio, de representar un personaje, aparecía frecuentemente en el discurso de muchos de estos pacientes. Y en la evolución del trabajo grupal pudimos constatar que hubo cambios en ese sentido. Sin pretender llegar a respuestas definitivas, nos planteamos que la interrelación de los pacientes ha ido constituyendo una verdadera matriz intersubjetiva cuyo efecto estructurante llevó a que se produjera un cierto movimiento desde las formas más arcaicas de identificación (imitativa, fusional) a otras, que dan cuenta de un cierto avance en el proceso discriminatorio de subjetivación.

Por otra parte, el discurso, que inicialmente presentaba más bien las características de un relato de acontecimientos cotidianos, o remitía a preocupaciones vinculadas a su enfermedad, planteadas en un estilo de pensamiento concreto, fue haciéndose en alguna medida más rico, en tanto ellos mismos parecían tener una mayor disponibilidad para manejarse con la palabra, abierta a más de un sentido; a establecer relaciones entre pasado y presente, en un acceso diferente a la temporalización; o a vincular lo que le pasa a cada uno de ellos con lo que traen otros integrantes del grupo.

Empezamos a pensar entonces que era posible ayudarlos a sentirse más partícipes del mundo de los humanos, del cual ellos se sienten siempre más o menos marginados, a sabiendas de que cada paso adelante puede, en cualquier momento, anularse por una vuelta atrás.

Algo del orden de un entramado intersubjetivo podría entonces irse armando en la medida que se les ofrece un espacio, que también se inscribe en el tiempo, y que los saca del aislamiento en el cual se encuentran, a través de una

particular relación con los otros. La persistencia del grupo a lo largo de los ocho años, seguramente tuvo de por sí un efecto de historización, posibilitando resignificaciones de vivencias anteriores que no habían llegado a tramitarse psíquicamente, manteniéndose como verdaderos cuerpos extraños, alejados de toda significación posible.

Atendiendo a algunas señales que nos daban los propios pacientes, cuando deambulaban durante horas, al terminar el grupo, por los corredores del hospital, llegamos a pensar en la utilidad de crear un espacio intermedio entre la actividad de psicoterapia y el mundo exterior, para ayudarlos a procesar lo trabajado en la sesión y ofrecerles otro ámbito favorecedor de una elaboración psíquica que a la vez reforzara el investimento narcisístico que recibían en la psicoterapia. Probablemente, en un nivel menos consciente, esta ocurrencia nuestra surgió como una necesidad que respondía a la propia evolución del grupo en cuanto a disponer de nuevas formas de comunicación por la palabra.

Y así nació el taller de escritura³⁷ que no sólo resultó un complemento terapéutico importantísimo del Grupo de Escucha, sino que abrió un panorama muy rico en la tarea de investigación que hemos iniciado.

Quisiéramos referirnos brevemente a algunas de las reflexiones que surgieron a partir de esta nueva experiencia del Taller de Escritura, funcionando en paralelo con el Grupo de Escucha.

En primer lugar, resultó sorprendente la respuesta que tuvieron los pacientes a la propuesta del Taller. No imaginábamos que participaran con tanto entusiasmo, que disfrutaran tanto de la tarea, a la vez que asumían el compromiso que implicaba responder a las obligaciones planteadas y que desplegaran sorprendentes posibilidades de trabajo con la palabra. Se constituyó claramente en un espacio lúdico que los estimulaba al juego, pero también hacía surgir en ellos una creatividad que ellos mismos no sospechaban.

Otro aspecto imprevisto fue la separación radical que hicieron al principio

entre el Grupo de Escucha y el Taller. Mientras llevaban toda la locura al Grupo, en el Taller desplegaban sus aspectos más sanos. Esta conducta nos planteó interrogantes en cuanto a la estrategia terapéutica más adecuada. ¿Convenía forzarlos a juntar lo que pasaba en uno y otro espacio, o había que respetar esa separación que ellos habían establecido? Decidimos elegir ese segundo camino, aceptando los tiempos que ellos mismos nos marcaban, y después de algunos meses pudimos ver que lo trabajado en un lugar llegaba al otro espacio, en alguna medida resignificado con las características que el propio encuadre le otorgaba.

En este sentido, hay un texto del Taller de Escritura en el cual un paciente hace una significativa transmisión de su locura y que nos parece sumamente ilustrativo.

Marcelo (un paciente con diagnóstico de esquizofrenia paranoide), escribe para el Taller de Escritura, unos meses después del comienzo del mismo:

“En uno de esos días especiales, aparece, en una noche de primavera de temperatura elevada, corriendo, marcando su rumbo por el centro de una avenida artificial e iluminada. Corriendo hacia un horizonte lejano en busca de su destino, como queriendo llegar, avanzar, dejar atrás.

Sube a su nave elíptica de diseño aerodinámico y viaja a otro lugar. Al llegar desciende sobre el terreno de su casa, vestido de rojo, azul y negro, en ropa de batalla, pelo semilargo electrificado, luminoso, ondulado, entrecruzado y desprolijo. Ojos fosforescentes, brillantes e incandescentes, vidriosos y llorosos por el fuerte viento que parece filtrarse por su piel. Cara con barba y precoz bigote.

Cuerpo templado, espigado, bastante robusto, rasgado, accidentado, energético y vital.

Manos fuertes, grandes, largas, voluptuosas, sudorosas y calientes.

Con su aparato de música digital, lo enciende, sube su volumen, saliendo de

este una música rítmica de extremada fidelidad y nitidez que lo eriza, lo induce, lo provoca, lo estimula a buscar respuestas en él, lo que otras veces lo seda y lo deja como suspendido en el aire.

Dirige su mirada al cielo que se torna rojizo y nuboso y pronto se desata una fuerte y rígida lluvia eléctrica que lo moja y adhiere su ropa al cuerpo.

Y se pone a caminar dentro de su casa, a observar y disfrutar de un paisaje febril e irregular, una naturaleza en conflicto, salvaje, sonora, amenazante, soberbia, imponente, pura en esencia, con truenos y relámpagos furibundos como si se quisiera asociar, comunicar, consolidarse con ello, como si esto lo complementase y le perteneciera.

Un ser misterioso, enigmático, sugerente, intuitivo, de sonrisa rabiosa y delimitada, de hipersensibilidad en todos sus sentidos, diferente a todo lo conocido y por conocer, expresivo, proyectable, sereno, a veces algo impulsivo; al que no le gusta que le hagan daño, al que no le venden espejitos de colores.

Un ser rencoroso que le cuesta olvidar y perdonar, que tiene capacidad de comunicación sensorial y poder de transformación, telepático, el dios, eterno confiado en si mismo.

De creación, origen y naturaleza desconocida.

Tal vez porque no reconoce a sus padres que pierde la noción del tiempo y la referencia con la realidad.

De voz fuerte, estruendosa y a veces un poco áspera.

De arraigada y completa justicia, que juega con la perfección y la imperfección, partiendo de esta última para llegar a la primera, concibiendo así lo absoluto.

Y me dije este fue, es y será Marcelo.

Despierto. Me encuentro en un hospital, destruido, atado de patas y manos, con cinco Nozinan y seis Haloperidol encima, con un moreno grandote, medio gordo, que me custodia y me mira serio.

Luego se acercan algunos doctores, me miran, me interrogan como

preguntándose qué le pasará, en qué estará pensando este espécimen.

Pero recupero la libertad, llego a mi casa y veo que la nave se me fue. Pero igual me queda una Graziela con aire acondicionado, marcha atrás y ruedas patonas, que está bastante bien”.

La descripción que este paciente nos hace de su experiencia delirante nos lleva a viajar junto a él en su nave cósmica y nos enseña a ubicarnos de otra manera frente al psicótico en los momentos de agudización de su delirio. Y en ese trayecto, aprendemos más acerca de su drama que lo que muchos libros nos pueden enseñar.

Pero también es cierto que Marcelo, a consecuencia de los años de trabajo en el Grupo de Escucha y ahora, del Taller de Escritura, pudo encontrar las palabras para transmitir sus vivencias que oscilan entre la grandiosidad y el desamparo, o entre una tormentosa violencia y la pasividad y sometimiento propios de su condición de enfermo.

El Taller de Escritura

Susana Poch

El inicio

En julio de 1995 fui invitada a participar de una experiencia: organizar un taller literario para pacientes psicóticos. Se trataba de diseñar una actividad y un espacio distinto al terapéutico, donde los integrantes pudiesen trabajar con la palabra. La propuesta era amplia y fue preciso acotarla: trabajar con la palabra escrita.

Un taller de escritura, entonces. En el taller la tarea central es escribir e ir descubriendo, en virtud del propio trabajo de escritura, algunos de los mecanismos y procedimientos que la producen. Al mismo tiempo, a través del comentario, reconocer ciertos criterios que son usados por distintas

comunidades interpretativas para decidir en qué casos un texto es considerado literario o no.

Entendí siempre que la escritura es una práctica accesible, posible para todos y a la que pueden llegar no sólo los “genios”, “talentos” o “profesionales”, bendecidos por un don especial y favorecidos por las musas o la inspiración divina. No debía ser diferente en el caso de pacientes psicóticos. Sostengo, también, que la escritura es un trabajo, una praxis vital cuya meta no es reflejar, embellecer o cambiar la realidad usando para ello las palabras. Escribir es apropiarse del mundo textual y extratextual.

Fracturarlo y rehacerlo desde el lenguaje y con el lenguaje, para lanzar nuestra palabra hacia el afuera, hacia los otros.

Si bien es imposible dejar de considerar las perturbaciones y dificultades de simbolización, pragmáticas, sintácticas o semánticas de los integrantes, pienso que nociones tales como loco, cuerdo, enfermo, sano, psicótico, neurótico, normal o anormal, no son pertinentes cuando nos alejamos de la instrumentalidad del lenguaje y nos sumergimos en la coexistencia de sentidos, en la ambigüedad, la alusión, la opacidad; en la incertidumbre de la palabra y el placer que esta incertidumbre provoca. Trabajo y placer no necesariamente deben estar disociados, de modo que, tan importante como escribir es hacerlo con alegría. En el taller, entonces, nos aventuraríamos en el complejo juego de la polisemia, de la connotación, la ficción, el símbolo. Es decir, en el complejo juego de la literatura.

Las reglas del juego

¿Cómo comenzar a jugar sin fijar las reglas? De allí que la primera reunión del taller estuviera dedicada, además de presentarnos, a establecer nuestros acuerdos básicos. La actividad fue planteada como optativa, a realizarse después de la sesión de terapia, con una duración entre 45 minutos y una hora. En esa reunión enuncié también las reglas de “nuestro” juego:

- El objetivo del taller es la producción literaria, con la palabra escrita, (aunque no descartamos el relato oral), a partir de consignas.
- La libertad para usar las palabras es total: se puede jugar con ellas o romperlas; mezclarlas o alterarlas. Del mismo modo, no existen “malas palabras” o feas o prohibidas.
- En el texto escrito, todo vale. Nada es imposible ni está prohibido.
- Puesto que limitaciones de tiempo impiden que los textos se escriban en el taller, los que fueron elaborados en la semana serán leídos en voz alta en el grupo y comentados por todos.
- En el taller, ningún texto está “mal escrito”. Todos, sin excepción, son aceptados sin considerar los errores (ortográficos, sintácticos, de puntuación, etc.).

Las bromas y el buen humor que se iban tejiendo en contrapunto con mis palabras indicaban que las reglas eran aceptadas por el grupo. Había acuerdo y el trabajo comenzó.

Las consignas

¿Qué es una consigna y para qué sirve? Es un disparador para incitar a escribir, una propuesta para producir un texto. Sus objetivos son: plantear un problema, movilizar saberes y recursos para resolverlo, o bien utilizar algún material o procedimiento literario. La consigna —que se puede acatar o no— se enuncia sin dar pautas de cómo cumplirla. Por un lado, porque no existe un único modo de realizarla. Y por otra parte, porque se trata de favorecer que los participantes recurran libremente a sus conocimientos y capacidades literarias. Precisamente en esta tensión entre desconocimiento y saber, entre límite y libertad, entre palabra y silencio, radica la potencia de las consignas.

Las propuestas pueden poner en marcha un texto a partir de una palabra, una frase, otro texto, o bien de una imagen, un sentimiento o una situación. Permiten

desarmar y rearmar un texto; reconocer o producir un procedimiento. Inventar universos posibles o imposibles.

Durante la primera etapa del taller, cada una de las propuestas fue un disparo en la oscuridad. Desde ya que no todas tuvieron la misma capacidad de inducir al trabajo. Algunas resultaron muy productivas, en tanto favorecieron cambios cualitativos en la escritura de varios participantes; otras, la mayoría, fueron graduando el acercamiento al mundo de la literatura y su especificidad. Unas pocas resultaron paralizantes. No obstante, el fracaso no alteró la alegría y la curiosidad con que cada jueves, cuando estamos por terminar, me preguntan “¿Y profe, cuál es la consigna para la próxima?”.

Los primeros textos

Casi todos los primeros textos producidos en el taller —de los cuales los citados a continuación son tan solo unos breves fragmentos— eran un mero registro, una crónica del presente o de un pasado actualizado. Reconstruían denotativamente el contexto de lo cotidiano; el “yo” de la enunciación se afirmaba idéntico al del enunciado, el lenguaje era transparente.

Yerno. Me resulta gracioso porque enseguida asocié la palabra por los comentarios hechos por la gente con respecto a la relación yerno-suegra. (Mónica).

Estimada Madrina: deseo que te encuentres bien. Miguel está haciendo changas, porque no tiene trabajo fijo. Bueno, aquí me despido con el más fuerte abrazo y beso de tu ahijada que te recuerda del otro lado del Plata. (Juanita).

Resulta evidente que ninguno de los atributos asignados por cierto imaginario a las obras de famosos escritores “locos” —Joyce, Fijman, Artaud— podían detectarse en los textos del taller. Ni rupturas ni innovaciones. Ni desvíos ni transgresiones. Nada de atmósferas alucinantes ni personajes densos. Sin embargo, ciertos destellos de “literaturidad” iluminaban algunos de esos textos:

Es bueno soñar la tibieza del sol en un día nublado y poder despojarse de lo real que nos agobia para imaginar lo que nos alivia. (Mónica).

En donde no sirve la brújula; cuando la noche es más oscura, surge de su sepultura el temible Conde Drácula. (Miguel)

Al hablar del invierno estoy como citando directa o indirectamente algo interno. (Marcelo)

Imágenes, cenestesia, oposiciones, paralelismo, asociación fónica, rima, parodia, un esbozo de metáfora. Estos procedimientos serían puntos de apoyo para construir nuestro puente hacia la literatura. Otro punto de apoyo es la noción de ficción.

¿La única verdad es la realidad?

Era infalible. Cada vez que para tratar de liberar a un texto de su servidumbre al referente yo sugería la posibilidad de producir con la escritura un “efecto de realidad”, el rechazo del grupo era unánime. Además, todos-sin excepción, sentían una especial necesidad de enfatizar que el texto era la realidad, no su representación. “Mirá que lo que escribí pasó en la realidad, es verdadero”, insistían. El valor supremo de un texto literario, para este grupo, era ser verdadero.

Afirmando la “verdad” estaban indicando que el texto describía un referente real, no un delirio ni una alucinación. Si valor de verdad estaba equiparado a valor de salud, entonces nada había que temer: el texto es normal”, es “sano”.

Para llegar al reconocimiento de que esta noción no era pertinente en literatura y que la realidad literaria es una instancia diferenciada del delirio, fue necesario recorrer diversos caminos. Comenzamos nuestro itinerario dotando de identidad a los textos producidos en taller, ubicándolos en la serie literaria. Era fuente de enorme placer establecer la pertenencia de esos textos a un género, a

una escuela, a un momento histórico. Querían saber más y preguntaban. “¿Cómo se llama esto que escribí?”. Y al darle un nombre (una comparación. un texto argumentativo) sentían que sus palabras no surgían de la nada o del interior de su locura.

La ficción del delirio

Sostenidos por los dos sentidos de la palabra ficción, fingir y modelar, nos arriesgamos por otro sendero al mundo de la representación. Se trataba de abandonar la descripción de una realidad preexistente para llegar a la creación de la ilusión de esa realidad.

En esta instancia, fue crucial el trabajo con consignas que favorecieron la invención de geografías, zoologías, personajes, situaciones, tanto como aquellas que apuntaban a desplazar el punto de vista absolutamente autorreferencial hacia otras posibles miradas. Miradas nuevas para ver lo familiar como algo extraño y viceversa.

El texto de Marcelo al que nos referíamos anteriormente, respondió a una consigna formulada de manera muy vaga, algo así como “¿Qué escribirías disfrazado de...?”. Si pensamos que el disfraz al mismo tiempo que oculta, libera, podemos suponer que la consigna podría llevar a que el texto se atreviese a enfrentar lo prohibido o lo temido por vía de la simulación, del enmascaramiento. Podría fingir y de esa manera, tal vez, transformar a las personas “verdaderas” en personajes literarios.

Marcelo eligió su disfraz: el delirio. Sobre este doble movimiento está estructurado su relato. En la primera parte, los enigmas, el distanciamiento del narrador enmascarado en la tercera persona. En el simulacro, las palabras encuentran el coraje de mirar y aludir al delirio. En el segundo movimiento, la revelación y la voz narrativa en primera persona lleva a que caiga el antifaz y surja la identidad asumida: “y me dije, este fue, es y será Marcelo”. Lo que impacta es que el Marcelo, de verdad, se esfuma, porque quien se hace cargo de

su identidad es el lenguaje mismo. No caben dudas de que Marcelo evocó sus delirios, que apeló al archivo de alucinaciones guardadas en su interior, pero resulta evidente que esa materia simbolizada como disfraz y como nave, aquí no es “citada” o “transcripta”. Se organiza en y por las palabras, en una relación que produce nuevos y sutiles sentidos. Marcelo había escrito un texto literario: la ficción de su delirio.

El entramado textual

Cuando programé el taller, demoré la inclusión de la lectura de textos de escritores —conocidos o no por los integrantes— porque temía imponerles modelos que podían frenar su producción. Cuatro meses después, iniciados ya en los rudimentos de la ficción y los procedimientos, nos arriesgamos en la densa selva de palabras escritas por otros. Las diversas consignas se concentraban en realidad en una sola: “muerdan los textos aprópiense de ellos, imítenlos, transfórmenlos; son de ustedes”. Lo hicieron. Con alegría y con placer, asumiendo que esa realidad que estaban palpando —la literatura— es un patrimonio común de todos nosotros y que también a ellos les pertenece.

Los textos de Oliverio Girondo y Felisberto Hernández los golpearon con fuerza, y, embarcados en ellos, escribieron relatos y poemas “a la manera de Girondo”, con densidad y riqueza de sentidos. Rechazaron de plano a Nicolás Guillén y demostraron una respetuosa indiferencia por Benedetti. García Lorca suscitó dispares adhesiones. A partir de este momento, comenzaron a traer al taller poemas de García Lorca, Rega, Molina, Girondo, Líber Falco, Juana de Ibarbourou y Francisco Luis Bernárdez. Más voces para el contrapunto textual.

En los doscientos textos producidos en el taller hasta ahora es posible recorrer el derrotero personal que cada uno de los participantes trazó para evadirse del surco de la realidad, construyendo la literatura.

Las narraciones de César y Juanita exorcizan, a veces, la tentación de “lo real” ensayando otras miradas y perspectivas, con humor e ironía. En ellos, estos

recursos son aún tímidos e incipientes, pero la creación de nuevos universos y la parodia de viejos relatos infantiles les permitió liberarse de las exigencias tanto referenciales como de sumisión a modelos literarios considerados “valiosos”.

También la escritura de Julio —aparentemente la más elaborada— era tributaria de una concepción estereotipada de lo literario. Sus metáforas se habían cristalizado. Una rígida coherencia anclaba los sentidos en procura de univocidad, tal vez por temor a una “loca” “delirante” multiplicación de significaciones. El control lo llevaban a cabo en base a lugares comunes que funcionaban como los espacios textuales de la seguridad. Cuando la escritura de Julio rompe el escudo de los estereotipos que, supuestamente, contenían el desborde (“ensalada de sentimientos”, como denominó Julio a ese caos), aparece una voz infantil que comienza a jugar con las rimas, los ritmos y los sonidos. Las mismas imágenes de la infancia que aparecían en sus cuentos, se resemantizan a través de la música de las palabras. Lejos aún de ser considerados” poesía, los versos de Julio sin embargo son su manera de explorar los complejos modos de producir significaciones.

En el polo opuesto, los confusos textos de Mónica, con vacíos de sentido producidos por omisiones de palabras, incoherencias, y alteraciones en la construcción sintáctica, siguieron el camino de la búsqueda de coherencia. La misma que limitaba las posibilidades literarias de la escritura de Julio adquiere en los textos de Mónica un valor positivo. Un uso más adecuado de los signos de puntuación ordena la sintaxis y la inteligibilidad instaurada favorece el enriquecimiento semántico.

El mundo que presentaban las crónicas de Mariano estaba dominado por el tiempo presente. Un mundo donde sólo el comentario y el registro eran posibles. Un mundo sin prospección, sin potencialidad y sin relieve. La incorporación de nuevos tiempos verbales —el imperfecto y el condicional— matiza ahora esas crónicas con suaves pinceladas de narrativa. Al mismo tiempo, un esbozo de distinción entre persona y personaje y, por otra parte, un incipiente

reconocimiento de la diferencia entre delirio y ficción (fantasma y fantasía) está separando a la escritura de Mariano de la servidumbre a lo “real”.

Sólo los textos de Beatriz se animan a curiosear tanto en la mimesis del diálogo como en la gramática del relato y en la complejidad de la metáfora y la metonimia.

El taller está propiciando una escritura que tiende a lo literario, a la polisemia, la ambigüedad, la opacidad del lenguaje. Al texto entendido como productividad y no como reproductividad. De una escritura denotativa fue posible acercarse a la connotación. Son muchos los textos que hoy nos asombran y maravillan por su riqueza, por su densidad, por su “literaturidad”. En el entramado que se fue tejiendo, los textos dialogaron entre sí, con las consignas y con otros textos. Polemizaron con fantasmas y delirios. Se unieron con los materiales del infierno y paraíso. Imposible suponer que el derrotero marcado por cada participante es una línea recta. También se registran detenciones en el ritmo, demoras, retrocesos. Pero en la medida en que de la agonía y el desafío nace un texto bellamente tejido, en cada reunión se renueva la alegría de constatar que es posible una práctica de la escritura literaria, y no menos importante, una práctica placentera.

El Grupo de Escucha

Eva Palleiro

En el Grupo de Escucha también se produjeron cambios, en este año de trabajo en paralelo con el Taller que, a nuestro entender, resultan sumamente significativos. Los pacientes pueden hablar mucho más de sus vivencias; han logrado un acercamiento a la palabra mucho mayor, que les permite comunicar lo “loco” de otra manera y al mismo tiempo contactar con ese mundo interno que les era inaccesible, en el cual se encuentran con la agresión, el delirio, la locura, el incesto, el amor, la soledad, los sueños, la sexualidad, la muerte.

Es en este sentido que quisiéramos mostrar algunos fragmentos de sesiones

que nos parecen reveladores en cuanto a los cambios que ha tenido Mariano, un paciente esquizofrénico que tiene varios años de trabajo en el Grupo de Escucha y que concurre regularmente al Taller de Escritura.

Mariano ingresó al grupo en 1990. En ese momento tenía 30 años. Concurría siempre correctamente vestido y en cualquier encuentro, ya sea en el hall del Hospital o en el corredor, cumplía con las “normas sociales” propias de cada situación. Sin embargo, en el grupo resaltaba su frialdad afectiva, al punto que el resto de sus compañeros lo llamaban “Robocop”. Por esa época permanecía callado gran parte de la sesión y cuando hablaba llamaba la atención lo desafectivizado y descarnado de sus expresiones, que a la vez tenían un carácter de racionalismo mórbido.

Extractamos un fragmento de sesión para mostrar cómo lo veían los otros pacientes del grupo.

Estaban hablando de la necesidad que tienen de afecto de otras personas.

Julio: Vivimos en un mundo con los demás. Si yo no tuviera el amor de mi sobrina, de mi madre, de Eva y de Eduardo, no estaría, no podría vivir.

Jorge: Pero además tenés que aprender a estar solo, a estar tranquilo. Yo trabajo en el Canal y si tengo que poner las bombitas o cambiar el Tubo Lux, no tengo tiempo para estar dándome manija, y puedo estar solo. Si no, siempre precisás de otro.

Javier: Pero tampoco es eso. Yo vivía antes en el “mundo”. Tenía una discoteca, bailaba mucho, pero no me sentía bien. Entonces me quedé callado, pensé muchas cosas, unas las descarté y otras las pienso ahora. Por eso me llaman loco. Pero ahora estoy bien.

Julio: Vos estás como Mariano, que vive tranquilo. Es como insensible. Cambian los terapeutas y para él todo está bien. A él nada le molesta y yo me muero.

Esta era la imagen de Mariano durante los primeros años de su permanencia en el grupo. Sus intervenciones muchas veces tenían que ver con la medicación. Era habitual que trajera medicamentos para sus otros compañeros.

En algunas oportunidades habló de su delirio:

“En esa época todo debía ser blanco. Me vestía de blanco, me entalcaba la cara de blanco, sólo tomaba leche porque era blanca. Era la época que cortaba los buzos o las camisas en tiritas bien finitas, así, a lo largo, y a los rompavientos los degollaba con el bisturí”.

En octubre del '94, cerca del cumpleaños de uno de los terapeutas, Mariano decidió traerle un regalo.

Mariano: Eduardo, te traje un regalo. Es muy importante. (Y le entregó una máquina de afeitar Bic).

Eduardo, algo asombrado, se lo agradece y Mariano le aclara.

Mariano: Es el filo, es lo más importante.

Eduardo: Gracias, creo que me va a ser muy útil.

Mariano: Creo que no entendés, el filo es lo que te estoy dando con el regalo.

Es como quien da un bisturí. Además se lo estoy dando a un médico.

Eduardo: Sí, recuerdo, un médico—un bisturí.

Un médico—un bisturí es algo que Mariano había traído en otras oportunidades y que se pudo vincular con el bisturí que utilizó el médico que le amputó la pierna a su padre, hecho que Mariano consideraba que, junto al abandono de su familia, lo llevó a enfermarse.

Mariano: Qué horrible lo que salió en la TV ayer, ¿no lo vieron? Eso nos perjudica a todos.

Terapeuta: No sé, ¿qué pasó?

Mariano: Dieron la noticia de un loco que apuñaló y degolló a la madre. La policía lo detuvo y lo iba a ver el forense.

Marcelo: Sí, pero si lo declaran esquizofrénico no va a la cárcel, va para el Hospital Vilardebó.

Mariano: Claro, a la Sala 11, son las cárceles de los médicos, ahí van los locos peligrosos.

Terapeuta: ¿Y a ustedes qué les pareció, les asustó la noticia?

Duncan: Yo creo que fue un extremo.

Marcelo: Sí, cuando yo estaba enfermo le tiré un cascotazo a mi madre, pero eso de degollar creo que es un extremo más raro.

Mariano: Cuando yo estaba enfermo degollaba los buzos rompevientos, con un bisturí alemán, pero era un símbolo, representaban seres humanos, pero no lo eran de verdad.

Mariano: Una vez en la radio de Colonia hablaban de la esquizofrenia. De la palabra, ¿entendés?, como quien dice anófeles, o cualquier otra especie de insecto o animal, sin pensar en la persona. Yo pensé en llamarlos a la radio y decirles que yo era un paciente esquizofrénico, y que no era así. Pero después pensé que iban a decir “Bien de loco”, y era peor.

Terapeuta: A mí me gustaría saber qué es para vos esquizofrenia.

Mariano: Esquizo es división, y frenia no me acuerdo lo que quiere decir.

Terapeuta: Pero eso suena a aprendido. ¿Qué es tu experiencia personal?

Mariano: Es eso, es que te dividías, te hacés pedazos, te esparcís. No es aprendido, es eso.

Terapeuta: ¿Y qué hacés en ese momento?

Mariano: Copiás algo. Un profesor de la Facultad de Bellas Artes nos decía que “ser un humano es actuar adecuadamente en cada situación”. Es como ser un gran actor. Yo cuando estaba enfermo actuaba que era vendedor de algodón y visitaba a los dentistas.

Toda la enfermedad es un símbolo. Cuando yo cortaba los buzos, yo mismo fui a la Policía a buscar el bisturí, porque no tenía cola de paja. Una persona que en realidad quiere lastimar a otro no va a buscar el arma. Los milicos se dieron cuenta y me lo dieron.

El bisturí lo rompí, y así se murió un médico. ¿Te acordás? Un médico, un bisturí.

Marcelo: Pero esas ideas son delirantes.

Mariano: Vos sabés que yo pienso así, yo soy crístico, no cristiano. Ahora tengo un bisturí nuevo y es alemán. En Colonia Suiza yo vivo en la casa de Menguele, ¿ustedes saben quién era? El no era malo, no mató a nadie, sólo les deseaba el máximo bien a los judíos.

Terapeuta: ¿Qué es para vos el máximo bien?

Mariano: Es la muerte digna. Como les deseo el máximo bien a ustedes. No quiere decir que mueran ahora, sino que mueran cuando tengan que morir, pero con dignidad. Cuando yo estaba enfermo el Dr. Menguele me dijo lo que iba a pasar, Menguele no era malo. Yo compré unas latas judías.

Terapeuta: Vos hablás de Menguele, del bisturí alemán que tenés ahora, de un médico, de un bisturí, y también que compraste latas judías. Yo creo que de alguna manera tomaste el papel de Menguele, como en otro momento tomaste el del vendedor de algodón.

Mariano: Cuando yo era vendedor de algodón actuaba el papel. Pero ahora no estoy enfermo.

Los terapeutas tratamos decirle algo en relación a su identificación con Menguele, pero Mariano no nos comprende.

Mariano: ¿Me hacés la receta para el próximo jueves, para el pasaje de ómnibus?

Terapeuta: Cómo no, pero ¿a nombre de quién la hago, de Menguele o de Mariano Peña?

Mariano se ríe, y dice:

Mariano: La doctora siempre tiene esas cosas. A nombre de Mariano Peña.

Han pasado dos años de la sesión anterior, y en este momento el grupo terapéutico está funcionando en paralelo con el taller de escritura. Transcribimos un fragmento de una sesión que transcurre aproximadamente a los dos meses de comenzar el taller de escritura.

Julio: Yo estoy mal. Llega esta época del año y empiezo a caer en esos pozos. El otro día vos me hiciste ver que de pronto siento culpa por lo de Guillermo, y pienso que sí, aunque ni se me había ocurrido. Lo que pasa es que con Guillermo éramos como hermanos. Todo el día juntos, sentíamos el mismo amor por las mismas personas, me acuerdo que nos quedábamos juntos hasta las 3 de la tarde en el Hospital. Esperábamos los dos a Eva para bajar, porque para los dos tenía sentido. También fuimos juntos a ver a Eduardo al Pasteur. Lo extraño mucho. También extraño a Alberto. El grupo ahora no me gusta. Todo cambió.

Jorge: Sí, todo cambió.

Terapeuta: Cambió porque vivimos algo tan doloroso como la muerte de un compañero. Eso duele mucho. Pero también vivimos. Muchos compañeros vuelven, como Juanita, y eso es muy bueno.

Mariano: Yo le traje a Julio este artículo de la revista sobre el suicidio. Aquí dice que por cada homicidio que vemos en la TV hay dos suicidios. O sea que se mata una cantidad de gente, y ese dato se oculta. Porque es algo que da vergüenza, o que está contra la religión. Yo cuando lo leí me preocupé mucho por Julio, porque siempre está con eso de matarse,

por eso le traje el artículo para que lo lea, se informe y lo prevenga.

Marcelo: Qué lindo gesto el de Mariano, él que siempre está tan insensible, cómo se preocupó por Julio y se lo trajo.

Terapeuta : —Viste Mariano, pudiste sentir amor y expresarlo, con lo que le diste a Julio.

Mariano: Sí, (nos mira complacido)

Terapeuta: Expresaste amor y no le diste el blanco.

Mariano: Pero Eva, por favor, ¿y las hojas? Son blancas. Siempre está el blanco.

En otra sesión están hablando del amor y Mariano dice que amor es dar el blanco.

Terapeuta: ¿Qué quiere decir eso para ti?

Mariano: Eso, amor es dar el blanco. Cuando vos estás con una chica le das el blanco porque la querés.

Mónica: Eso del blanco es cuando estabas delirando.

Mariano: En parte sí, pero creo eso, amor es dar el blanco.

Terapeuta: ¿El semen?

Mariano: Claro, vos le das el semen que es blanco.

Terapeuta: Pero hay muchas formas de amor. En el amor a tu madre, ¿también le das el blanco?

Mariano: Claro que sí, le doy hidróxido de aluminio (Gelal).

En una sesión reciente se ponen de manifiesto los cambios que se han ido dando en Mariano a lo largo de todos estos años de trabajo.

Mariano: Cuando yo estaba loco perdí todos mis amigos. Digo, cuando estaba delirando. Porque claro, el delirio es destructivo. Pensé que

cuando yo deliraba “cortaba buzos”, decía que les deseaba el máximo bien, ¿y qué es el máximo bien? Es la muerte. Y eso es agresivo.

Daniel:| ¿Cómo es eso?

Mariano: Claro, fijate que yo les decía que yo les deseaba la muerte y es lógico que se alejaran.

Fabián: Yo no te entiendo, porque a veces como ahora hablás de esto como que ya fue, pero a veces hablás en presente, muy convencido de esta idea.

Terapeuta: Yo creo que en Mariano coexisten esos dos aspectos. Por un lado se adhiere a su delirio y por otro sabe, igual que nosotros, que eso no es así.

Mariano: Es cierto, yo no lo tengo claro. En cierta forma tengo como una confusión, porque yo digo “mi delirio” pero en realidad creo gran parte en él, porque sigo siendo espiritista (es importante señalar que no dijo “crístico”).

Mónica: Qué entrevero que tenés.

Mariano se pone triste. Una vez finalizado el taller de escritura le preguntamos “¿Qué te pasa Mariano, estás triste?”

Mariano: No, no estoy triste. Estoy melancólico, no sé por qué. El próximo jueves no puedo venir porque tengo que cobrar y eso no lo puedo cambiar. El día y la hora coinciden con el grupo.

Terapeuta: Me quedo preocupada. Cuando llegues a Montevideo, el miércoles, llamame por teléfono y me contás cómo estás. ¿Tenés mi teléfono, verdad?

Mariano se ríe, y responde “Por supuesto que lo tengo”.

A la sesión siguiente Mariano vino. Dijo que se dio cuenta que podía venir al grupo aunque sea 45 minutos e ir a cobrar después. Pero el que vino fue el

Mariano de hace dos años, Menguele, Robocop, el crístico.

Un mes después Mariano se muestra nuevamente en proceso de cambio. Se lo ve más flexible, más volcado hacia los demás, con una sorprendente capacidad de intuir lo que les pasa a los otros.

Algunas reflexiones finales

Es difícil y prematuro arriesgar demasiadas hipótesis acerca de los fundamentos teóricos de esta tarea así como de los cambios producidos, tanto en lo referente a los factores determinantes como a las características de lo que estructuralmente podríamos considerar que se ha modificado en los pacientes.

Lo que sí podemos decir es que pueden hablar mucho más de sus vivencias, han logrado un acercamiento a la palabra mucho mayor que les permite comunicar “lo loco” de otra manera y al mismo tiempo contactar con ese mundo interno que les era inaccesible, en el cual se encuentran con la agresión, el delirio, la locura, el incesto, el amor, la soledad, los sueños, la sexualidad, la muerte. Estos cambios, que se han dado tanto en su producción escrita como oral, son particularmente marcados a nivel de la escritura, en la que alcanzan una riqueza. Por otra parte, también se han modificado en alguna medida sus vínculos con el mundo externo, posibilitando reinserciones laborales o familiares que parecían imposibles de lograr. Sus crisis agudas se hicieron más espaciadas y muchos de ellos disminuyeron la medicación.

Esta experiencia nos ha llevado a valorar fundamentalmente los efectos de un acceso a la palabra que pasa por el hecho de ser escuchados, escucharse entre ellos, buscar las palabras para comunicarse verbalmente o por escrito y jugar con las palabras.

Podríamos pensar que de esta forma estaríamos trabajando en un terreno próximo a la que Bolas ha denominado segunda estética.

... “que la madre facilite la experiencia de formación de palabras y que el infante aprenda la estructura gramatical, constituyen las transformaciones más

significativas del código expresivo que éste trae consigo... Con la palabra, el infante ha descubierto un nuevo objeto transformacional que facilita la transición desde una privacidad hondamente enigmática hacia la cultura del poblado humano”.

Desde otra perspectiva, se puede también plantear que la función ligadora del preconscious que da cohesión al discurso, fundamental para la elaboración secundaria, y que falla en estos pacientes como en todas las patologías narcisistas severas, estaría particularmente estimulada por este tipo de trabajo. Una mayor apertura a la fantasía, les permitiría salir del encierro propio de un mundo que oscila entre el delirio y el pensamiento concreto, ligado exclusivamente al registro de los acontecimientos.

Por otra parte, el papel de la transferencia, que vehiculiza afectos, permite entender hasta qué punto la dedicación y el entusiasmo del equipo en general, promueve una narcisización que indudablemente juega un papel importantísimo para estos pacientes —cuya vivencia de desvitalización los condena a la marginalidad y el aislamiento— dando lugar a que desarrollen potencialidades que hasta el momento no se habían puesto de manifiesto y que, tanto para nosotros como para ellos, constituyeron un descubrimiento.

Resumen

Una experiencia de investigación con pacientes psicóticos que integran un grupo psicoterapéutico coordinado por dos psiquiatras y paralelamente un taller de escritura que coordina una profesora de literatura.

Algo del orden de un entramado intersubjetivo se ha ido constituyendo en el marco de una dinámica grupal que responde a los efectos que resultan de un trabajo con la palabra, en su doble vertiente, oral y escrita.

Los cambios que se han dado en los pacientes, en cuanto a la mayor riqueza de posibilidades respecto a la disponibilidad de la palabra para comunicar sus vivencias, y en la disminución de las estereotipias en el lenguaje —

particularmente en su producción escrita, aun que también en el Grupo de Escucha se fue dando un cambio cualitativo en el discurso— abren múltiples interrogantes que sin duda estimulan a seguir pensando en los problemas que se plantean a partir del trabajo con pacientes psicóticos, en el registro de la palabra.

Esta experiencia, nos ha llevado a jerarquizar un acceso a la palabra que pasa por el hecho de ser escuchados, escucharse entre ellos, buscar las palabras para comunicarse verbalmente o por escrito y jugar con las palabras.

Asimismo valoramos particularmente el papel de la transferencia, que vehiculiza afectos y permite entender, hasta qué punto, la dedicación y el entusiasmo del equipo en general promueve una narcisización, importantísima para estos pacientes —cuya vivencia de desvitalización los condena a la marginalidad y el aislamiento— dando lugar a que desarrollen potencialidades que hasta el momento no se habían puesto de manifiesto y que, tanto para nosotros como para ellos, constituyeron un verdadero descubrimiento

Summary

Research experience involving psychotic patients comprised in a psychotherapeutic group coordinated by two psychiatrists and also in a writing workshop coordinated by a literature professor.

Some kind of intersubjective interweaving has been created within the scope of the group's dynamism responding to the effects of working with the word at both the oral and written levels.

The changes shown by the patients as regards an increase in their possibilities to use words as a means to communicate their experiences and as regards a reduction in the stereotypes of language, both in their written and verbal production, open many interrogations which will undoubtedly stimulate an enhanced analysis of problems that arise when working with psychotic patients in the field of language.

This experience has shown us the valuable effects of gaining an access to the

word, when the patients are listened to, listen each other, search the words to achieve a verbal communication, and play with words.

We likewise assign particular value to the role of transference, which acts as a vehicle of affection, where by the dedication and enthusiasm of the team in general promotes a significant narcissization of the patients, whose lack of vitality condemns them to marginality and isolation, and helps them develop a potential which had up to now remained concealed.

Descriptores: PACIENTE / PSICOSIS / INTERACCIÓN COMUNICATIVA /
GRUPO PSICOTERAPÉUTICO / TRANSFERENCIA /
TÉCNICA DE PSICOTERAPIA DE GRUPO / MATERIAL
CLÍNICO

Bibliografía consultada

Achugar, Hugo. “Sobre la ilusión interpretativa”. La Biblioteca en ruinas.

Reflexiones culturales desde la periferia. Montevideo: Trilce, 1994.

Alvarado, Maite y otros. El Nuevo escriturón. Buenos Aires: Ediciones El Hacedor, 1994.

Barthes, Roland. S/Z. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 1986.

Bollas, Cristopher. La sombra del objeto. Buenos Aires: Amorrortu, 1991.

Coromirias, Joan. Breve Diccionario Etimológico de la lengua castellana. Madrid: Editorial Gredos, 1976.

Freud, Sigmund. El yo y el ello. T. XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.

Gaddini, E. Cambios en los pacientes psicoanalíticos hasta nuestros días. Monografía I.P.A. N° 4, 1984.

Green, A. De Locuras Privadas. Buenos Aires: Amorrortu. 1994.

Jacobson, E. El self y el mundo objetal. Buenos Aires: Editorial Beta, 1969.

Kerbrat-Oreccioni, C. La connotación. Buenos Aires: Hachette, 1983.

Kuhn, Th. La estructura de las revoluciones científicas. México: FCE, 1975.

Laplanche, J. La prioridad del otro en psicoanálisis. Buenos Aires: Amorrortu, 1996.

Liberman, D. Lingüística, interacción comunicativa y proceso psicoanalítico. Buenos Aires: Galerna. Tomo 1, 1970. Tomo II, 1971. Tomo III, 1972.

Mendilaharsu, C y S. Reflexiones sobre el psicoanálisis de la psicosis. RUP 66, 1987.

Pampillo, G. El taller de escritura. Buenos Aires: Editorial Plus Ultra, 1982.

Rodari, G. Gramática de la fantasía. Buenos Aires: Ediciones Colihue, 1973.

Winnicott, D. Realidad y Juego. Buenos Aires: Granica, 1972.